

# **Pregón del Día de Asturias**

## **Las Palmas de Gran Canaria, 2002**

Manuel Fernández de la Cera

Señoras y señores, queridos paisanos: Muchas gracias, en primer lugar, a la casa regional “Principado de Asturias” de Las Palmas por haberme invitado a pasar este día con vosotros. Vivir fuera de Asturias no disminuye vuestra vinculación con nuestra tierra, con la “tierrina”, sino todo lo contrario. De entre todas las formas de amor, hay uno que la separación no hace disminuir:

Sólo existe una especie de amor  
tan dadivoso y de tenaz esencia  
Que la mantenida distancia  
Ni la prolija ausencia,  
Lejos de entibiar su rescoldo  
Y poner en su combustible mengua  
Se aviva día por día, se dilata  
Al ámbito del alma, y la domeña.  
Es el amor sagrado a la nativa tierra.  
¿De qué sustancia está formada esta armadura  
de mis huesos, que me sustenta  
en pie, sino de barro astur  
y de asturiana piedra?

Pérez de Ayala, que vivió la mayor parte de su vida fuera de Asturias, y que se definía como un indiano de la literatura, como un emigrante ambicioso de hacienda espiritual, recuerda que en el voluntario destierro todo instante sueña

Con las añadas de su cuna  
Y las ternuras de su adolescencia.

Para los asturianos residentes en Gran Canaria, es muy fácil entender por qué Asturias, como las Canarias, tiene un nombre plural. Ciertamente, nosotros no tenemos el problema de la insularidad, pero como si lo tuviéramos, pues, históricamente, una de nuestros mayores dificultades ha sido, siempre, la incomunicación; con Castilla, por la barrera del Pajares en los largos inviernos de antaño, e, incluso, entre los diferentes valles, encerrados cada uno en sí mismo, según la forma de vida tradicional, en la que se buscaba producir de todo para no depender de nadie. Y en la primera de las divisiones históricas de Asturias –asturianos cismontanos y asturianos trasmontanos- ya se distingue entre los asturianos que viven a uno y otro lado de la cordillera. Y –fijaros bien- ya entonces, los escritores romanos Plinio y Mela, y el griego Estrabón, consideran como asturianos

más importantes a los augustanos o cismontanos, que viven al sur de Pajares; en cambio, los trasmontanos, quienes vivían al norte de Pajares eran los astures que estaban más fuera del mundo. Veinte siglos después, Valentín Andrés Álvarez, uno de nuestros paisanos más lúcidos, subrayó la emigración como factor básico de dinamización y renovación de la vida asturiana: “Lo que interesa aquí no es lo que les impulsó a emigrar sino lo que hicieron al volver”. El Banco Herrero, la Banca Rodríguez –después Banco de Gijón-, el Banco Pastor de La Coruña, el Banco Hispano Americano y el Banco Español de Crédito nacieron impulsados, en buena parte, por el esfuerzo y el dinero de asturianos. Pero no menos importante es –según Valentín Andrés- la labor de quienes emigraron y arraigaron en la nueva tierra. A esta gran presencia en el mundo de emigrantes asturianos y sus descendientes, llamaba el creador de las Facultades de Económicas en España “El Imperio Astur”. No dilapidarlo es responsabilidad principal de los asturianos de hoy.

Podemos hablar de diferentes divisiones de la plural Asturias: de las Asturias de Oviedo, de las Asturias de Santillana, de las Asturias de Tineo; sin olvidar el feroz localismo de nuestros antepasados, a los que se les prohibió celebrar la fiesta del bollo en Madrid, a comienzos del s. XIX, porque, tras los vivas a los pueblos, finalizaban la danza prima con las amarradiellas a palos. Así pretendían dilucidar la superioridad de Noreña o Siero, de Tineo o Cangas, de Luarca o Navia, de Ribadesella o Llanes. En “La aldea perdida”, de Palacio Valdés, los de Lorío contra los de Entralgo. Pero la división fundamental es la que determina el puertu Payares, como señala Alfonso Camín:

Poeta, hay dos Asturias...

La Asturias que antes era feliz en sus montañas...  
La que se yergue airada frente al poder de Roma,  
La que derrota al moro, la que el francés no doma  
Y la que va a los mares llevando una canción.

La poética imagen del emigrante, que va a los mares llevando una canción no debe hacernos olvidar la dureza del momento de la partida. El gran pintor asturiano Nicanor Piñole refleja todo el dramatismo de la separación familiar en el momento de embarcar para América en su cuadro “El emigrante.” Los pueblos pierden la alegría que da la presencia de la juventud, y, así, Camín, cuando embarca en La Coruña, imagina que

La Torre de Hércules solloza  
Viendo que, en cada barco de emigrantes  
Se queda España sin la gente moza.

Un gran poeta en bable, Felipe Prieto, refleja el aspecto de los pueblos que se han quedado sin jóvenes:

Dexáromnos equí pa buscar vida  
Y daqué que jacer coles sos manes

Que la tierra ya se ve  
Equí ena ería  
Y menos non se verá pentre alemanes.  
Dexáromnos equí  
Con una tierra vieya y espurría  
Que por non dar non da nin herba roína.  
Denantes había palombes nesti pueblu  
Agora nuestres palombes son los cuervos.

Los dos últimos versos expresan bien el precio que los pueblos pagan por la emigración de los jóvenes.

Al dolor de dejar la familia y el pueblo y, tal vez, un amor juvenil, se añaden las dificultades de la adaptación a una nueva vida:

Dimpués si jui pel mundiu alantre  
Coles manes dures pa move'l jachu  
Y hobu algún cabrón que-i jeciu trampes  
Por non saber de cuentos ni escribachos:  
Pal inorante non son les medicines.  
Más me valió saber de jachu y sierra  
Que quien jeciu los cielos y la tierra.

El regreso, al cabo de los años, también colleva alguna decepción:

Cayó el manzano, se secó la oliva,  
La abuela ha munchu que se fue a la fosa;  
Y la moza que dejasteis y era hermosa,  
Casó hace tiempo con Pinón de Arriba.

Alfonso Camín, que fue él mismo emigrante, y de cuyo fallecimiento se cumplen ahora veinte años, recoge en sus poemas todos los aspectos de la diáspora asturiana:

Hijo del viejo labrador: la hacienda  
Que por derecho se quedó en tus manos,  
Fue la ilusión de aquellos dos ancianos  
Que se te fueron por la misma senda.

Todos habéis visto, en el Campo San Francisco de Oviedo, una placa con tres versos del poeta de Roces, que expresan el gran misterio de la emigración:

Si soy el roble con el viento en guerra,  
¿cómo viví con la raíz ausente?  
¿Cómo se puede florecer sin tierra?

Nicanor Piñole y Evaristo Valle fueron, entre nuestros pintores, los mejores testigos de las alegrías y dolores de los asturianos que vivieron en la primera mitad del s. XX. Entre “El Emigrante” de Piñole y “El Indiano y su Mujer”, de Valle encierran todo el ciclo del viaje de ida y vuelta, que suelen recorrer los jóvenes que, desde hace casi dos siglos, dejan Asturias. El Emigrante de Piñole es un adolescente joven y de aspecto saludable,

tiene, probablemente sólo dieciséis años; no puede esperar más porque entraría en quintas; tiene la mirada perdida, está lleno de angustia, pues no sabe qué le deparará el porvenir, ni siquiera sabe cuándo volverá a ver a los suyos, cuando podrá disfrutar del paisaje, cuándo percibirá de nuevo “el humo denso del horno familiar, el abejorro en los castaños, el maíz suspenso en la panera, el corro de mozas en el baile y en la fuente, el roble hermano que al terrón se aferra...” En “El Indiano y su Mujer” vemos a un hombre viejo y con cara demacrada, tal vez haya enfermado en el trópico, posiblemente ha financiado un lavadero, o el quiosco de música, o, incluso, una escuela en su pueblo. Se ha casado con una mujer mucho más joven, sin duda una de las mejores mozas del pueblo. En el acuerdo para la boda, se ha tenido en cuenta el posible bienestar para toda la familia de la novia. Posiblemente, hubo habladurías, pues la novia tenía también un pretendiente joven y pobre. Por los grandes novelistas – Clarín, Palacio Valdés y Pérez de Ayala- sabemos que los indianos eran envidiados, su generosa filantropía con su pueblo no siempre fue correspondida como se debiera. En “Las Memorias de una Solterona”, de Eugenia Astur, un veraneante madrileño, sumamente avisado, cambia la novia que tenía, en Tineo, por la hija de un indiano, que tenía mejor dote, aunque, según los vecinos, era muy fea y sosa.

Se ha dicho que la vida de todo hombre tiene dos partes: en la primera intenta conquistar el mundo, tomar Troya, como los antiguos griegos; pero, después, en la madurez, cada hombre emprende el regreso a Itaca, a su tierra natal y, como a Ulises, en este viaje emplea largos años. Para los asturianos, nuestra Iliada es la obra de nuestros emigrantes, y nuestra Odisea es mantener e incrementar la vida de los centros asturianos de todo el mundo, lo que llamaba Valentín Andrés el imperio astur, posibilitando siempre el regreso al Principado, a Itaca, de nuestros transterrados. El gran poeta griego Konstantin Kavafis indicó cómo debe hacerse ese viaje:

Ten siempre a Itaca en la memoria  
Llegar allí es tu meta.  
Mas no apresures el viaje.  
Mejor que se extienda largos años,  
Y en tu vejez arribes a la isla  
Con cuanto hayas ganado en el camino  
Sin esperar que Itaca te enriquezca.  
Itaca te regaló un hermoso viaje.  
Sin ella el camino no hubieras emprendido  
Mas ninguna otra cosa puede darte.